

EL COMBATE NAVAL DE PUERTO CABELLO EN 1823

Agustín Ramón RODRÍGUEZ GONZÁLEZ
Doctor en Historia Contemporánea

A HORA que se conmemora el bicentenario de los hechos relacionados con la llamada Emancipación de la América española, tal vez sea el momento oportuno de volver sobre algunas de las campañas y luchas más importantes, no solo para recordar los hechos, sino para establecerlos con algún rigor y, aún más, para analizar su importancia y repercusiones. Objeto de estas líneas es documentar y reflexionar sobre uno de los más importantes combates navales de estas guerras: el ocurrido el 1 de mayo de 1823 en las costas cercanas a Puerto Cabello, en la actual Venezuela, combate que, paradójicamente, ha pasado casi desapercibido a la historiografía posterior y al que, cuando es recordado, apenas se da una importancia más que anecdótica.

La situación de la campaña

Tras largos años de una durísima lucha, las tropas de Simón Bolívar habían alcanzado el decisivo triunfo en la batalla de Carabobo, el 24 de junio de 1821, lo que permitió al líder americano proseguir su avance por todos los territorios de la entonces llamada «Gran Colombia» (hoy, las actuales Colombia y Panamá, Venezuela y Ecuador) y amenazar desde el norte la última resistencia española en el virreinato del Perú, formando tenaza con las fuerzas argentinas y chilenas que convergían desde el sur.

Pero los partidarios de la unión con España aún resistían en determinados puntos, uno de ellos Puerto Cabello, entonces y ahora uno de los más importantes puertos de la costa venezolana, si bien asediados por tierra y bloqueados por mar, por lo que su caída se daba por segura en un plazo más o menos largo de tiempo. A falta de un poderoso ejército, la única esperanza de los que resistían consistía en un socorro por mar. Pero era muy dudoso que tal ayuda llegara.

Como es bien sabido, España vivía por entonces una gran crisis en varios órdenes, iniciada al menos en 1808, con la durísima lucha contra la invasión napoleónica, que dejó el país devastado y en quiebra económica. A estos males se unieron los derivados de la desunión política de los españoles, enfrentados en dos grandes partidos: liberales y absolutistas, cada uno con sus correspondientes subgrupos y matices, lo que no hacía más que complicar y

retrasar la tan necesaria recuperación. A la abolición de las Cortes, de la Constitución de 1812 y de toda su legislación por Fernando VII en 1814, siguió un período de inestabilidad y de pronunciamientos de militares liberales, con el éxito final de Riego en 1821, que inauguró la vuelta a la situación anterior, dando paso al Trienio Liberal, en cuyos últimos momentos sucedieron los hechos que vamos a narrar. A todo ello, encrespando y complicando la ya muy difícil situación, se unió desde 1810 la cuestión americana, que también dividió a los españoles de ambas orillas del Atlántico entre los partidarios de la independencia de las nuevas naciones y los que preferían el mantenimiento de la unión de la Monarquía. Y no siempre, ni mucho menos, los españoles europeos fueron partidarios de la unión y los españoles americanos de la independencia, las cosas fueron mucho más complejas.

Las consecuencias de todo ello se dejaron sentir gravemente en la Real Armada, pues un Estado en bancarota apenas podía atender sus todavía enormes necesidades. Todavía después de Trafalgar, la Armada seguía siendo la tercera potencia naval del mundo, con una cuarentena de navíos y unas treinta fragatas, en los años siguientes apenas se perdió ninguna gran unidad en combate, y por el contrario, se apresó la escuadra francesa de Rosily y algún navío francés más (1).

Sin embargo, tras largos años de abandono, en que los buques literalmente se pudrían en los abandonados arsenales o se perdían por carecer hasta de lo más necesario para navegar con alguna seguridad, la situación se había deteriorado tanto que en 1823 solo se disponía de 8 navíos (4 desarmados) y 10 fragatas (4 desarmadas). La tan polémica compra de la escuadra rusa de 1817 apenas había conseguido resultados visibles.

Las unidades menores no presentaban mejor aspecto, con siete corbetas armadas y dos desarmadas, igual número y estado de bergantines, siete goletas armadas y nueve desarmadas, ninguna de las antes numerosas urcas y apenas uno o dos desarmados paquebotes, balandros y místicos.

Especificando las unidades mayores, en Cádiz quedaban desarmados los navíos *Algeciras* y *América*, estando armado únicamente el *San Julián*. En Cartagena estaban armados los *Guerrero*, *San Pablo* y *Asia*, así como el desarmado *San Carlos*. En Ferrol estaba el *Héroe*, armado, que había sido insignia de Rosily y que fue el último en desaparecer.

En cuanto a las fragatas, la situación era parecida: en Cádiz estaban la *Constitución* y la *Ligera* ambas armadas, en Ferrol las *Iberia* y *Cortes*, ambas en construcción, y en Cartagena, armada, la *Perla*, y desarmadas, la *Santa Casilda* y la *Proserpina* (2).

E incluso este triste balance era más teórico que real, pues muchos de los buques estaban ya en tal estado que nunca podrían volver a navegar, y faltaban los medios de toda índole para repararlos y ponerlos en servicio.

(1) Cfr. en RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, A.R.: *Trafalgar y el conflicto naval anglo-español del siglo XVIII*. ACTAS, Madrid, 2005.

(2) Estado General de la Armada, año 1823, pp. 179 y ss.

Y, como también es bien sabido, faltaban hasta las pagas y las raciones para los hombres, igualmente influenciados por las luchas y avatares políticos de la época, con lo que el cuadro no podía ser más desconsolador.

Por todo ello, y pese a que su intervención en las contiendas de la Emancipación hubiera podido ser decisiva, pudieron enviarse muy pocos buques a América y de forma muy espaciada. No olvidemos, por otra parte, que a la desidia e ineficacia de la corte de Fernando VII en afrontar resueltamente estos problemas se unía la renuencia de no pocos españoles a partir hacia una guerra no deseada. Justamente la sublevación de Riego había prendido entre tropas destinadas a América.

Curiosamente, entre los rebeldes también escasearon los marinos y los buques de guerra, por lo que, y dada su evidente necesidad, se recurrió a otorgar patentes de corso a marinos de procedencia extranjera, británicos y estadounidenses de forma notoria, pero también franceses y de otras nacionalidades, que armaron muchas embarcaciones particulares para ese propósito.

En las campañas del Plata, entre 1810 y 1814, dicha solución pareció la adecuada, pues la escuadra así improvisada, al mando del británico Guillermo Brown, se impuso a las igualmente improvisadas fuerzas navales realistas, basadas en Montevideo, derrotadas por los corsarios en mar abierto, lo que significó el bloqueo y la caída de ese último bastión de resistencia. Ante tan decisivo éxito, de nada valió la tenacidad, pericia y triunfos de la aislada escuadrilla al mando del capitán de navío Jacinto Romarate, que bloqueada y aislada tuvo que capitular cuando ya todo se había perdido (3).

Faltaba por ver si ese mismo esquema se podía repetir en las aguas del Caribe, pues en España se había tomado buena nota de la dolorosa lección del Plata y de que incluso los corsarios americanos llegaron a amenazar las costas y la navegación españolas en aguas europeas.

Ángel Laborde: un gran líder para tiempos difíciles

Ya que tanto faltaban a la Armada los medios materiales, era de esperar que esta carencia se compensara, al menos en parte, con un liderazgo fuerte y decidido, y no cabe duda de que, a diferencia de la mayor parte de los escenarios, en el Caribe sí dispuso la causa española de un líder adecuado: Ángel Laborde y Navarro, sin duda alguna uno de los mejores marinos de su época (4).

(3) RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, A.R.: «Jacinto Romarate y Salamanca», en MARCO, M.A. de, y MARTIRÉ, E. (eds.): *Protagonistas de Mayo de 1810*. Academia Nacional de la Historia-Emecé, Buenos Aires, 2010.

(4) EGEA LÓPEZ, Antonio: «El marino gaditano Ángel Laborde y la pacificación de América», en *Actas de las V Jornadas de Andalucía y América*, Sevilla-Huelva, 1986, Vol. I, pp. 173-228, y «Ángel Laborde, comandante del Apostadero de La Habana», *Revista de Historia Naval*, Madrid, IHCN, núm. 28 de 1990, pp. 7-30 y Archivo General de Marina Don Álvaro de Bazán, (AGM, AB en lo sucesivo) Expedientes Personales, Cuerpo General, Ángel Laborde y Navarro.



El jefe de escuadra Angel Laborde y Navarro (anónimo colonial, 1853, Museo Naval, Madrid).

Nacido en agosto de 1773 en Cádiz, hijo de un empleado francés naturalizado y de española, en 1791 entró como guardiamarina en la compañía de Ferrol, ascendiendo a alférez de fragata al año siguiente, con tal aprovechamiento que fue nombrado para seguir el Curso de Estudios Mayores en Cádiz, interrumpidos luego por la guerra con la Convención francesa. Durante ella Laborde sirvió en distintos buques y se distinguió en tierra durante el sitio de Rosas. De nuevo en guerra con Inglaterra, sirvió en la escuadra de Melgarejo y en los combates que esta mantuvo con los bloqueadores británicos en Rochefort, así como en la defensa de Ferrol en 1800 ante el desembarco enemigo.

Entre 1801 y 1803 sirvió en la urca *Aurora*, de viaje de Ferrol y Cádiz a Manila y vuelta, donde ascendió a teniente de fragata, casándose en 1804. Al año siguiente, y destinado en el navío *San Juan Nepomuceno*, se libró de Trafalgar al ser puesto al mando de la goleta *Hermógenes* con correos oficiales para Nueva España y Cuba, perdiendo su buque en un temporal, pero saliendo absuelto de cualquier responsabilidad en la pérdida.

De vuelta en España, mandó sucesivamente el cañonero *Sorpresa* y el bergantín *Descubridor*. En 1809, ya de teniente de navío, se ocupó en las obras de fortificación de La Coruña, pasando después como profesor de matemáticas al Colegio Militar de Santiago, donde se formaban los jóvenes oficiales de los Ejércitos 3.º y 4.º, hasta septiembre de 1815. De esta época es su libro *Tratado elemental de Geografía Matemática, aplicada a la Topografía y parte militar*, que conoció varias ediciones y con el que demostró sus amplios conocimientos.

Ascendido a capitán de fragata, fue luego subdirector del Depósito Hidrográfico, destino tras el cual, y al mando del navío *San Julián*, volvió a hacer la larga travesía hasta Filipinas y regreso entre 1817 y 1819.

Nada hacía, hasta entonces, de Laborde un marino muy distinto de tantos de su generación, y si acaso había destacado por su preparación intelectual. Pero entonces su vida y su carrera dieron un vuelco absoluto al ser nombrado comandante de la fragata *Ligera* y jefe del apostadero de Puerto Cabello en diciembre de 1819, aunque por diversos avatares de la época no llegó a su destino con la fragata de su mando hasta enero de 1821, apenas unos meses antes de la decisiva victoria de Bolívar en Carabobo.

Pero cuando muchos ya daban la causa española por perdida, Laborde se esforzó de una manera increíble, sorteando la desidia del gobierno, las intrigas entre los mandos españoles del Ejército, de Cuba y de Puerto Rico, la penuria absoluta de medios y otras mil dificultades para reavivar la contienda. Pronto formó una escuadrilla con su fragata, el bergantín *Hércules* y una flechera, a la que añadió buques auxiliares, a veces apresados al enemigo, con la que cooperó con el ejército y transportó tropas y los escasos recursos disponibles.

Y ello es tanto más de destacar por cuanto su *Ligera* era uno de los desdichados buques de procedencia rusa que, aparte otras cuestiones, tenían unas maderas pensadas para el Báltico, no para el Caribe. El resultado es que el barco, falto además de un adecuado mantenimiento por el declive del arsenal de La Habana y la carencia de presupuesto, se mantuvo en servicio solo gracias a los denodados esfuerzos de su comandante y de su sacrificada dotación, que al siempre duro servicio de guerra en el mar unía una constante labor en las bombas y continuas reparaciones, hasta que el barco, materialmente, se deshizo. Pero Laborde sabía que casi todo dependía de él y de su desfalleciente barco, pese a todo muy superior a los corsarios que el enemigo empleaba. El mismo Fernández Duro dedica muchas páginas del último tomo de su *Armada Española* a detallar y encomiar la dura, tenaz y sacrificada lucha de Laborde (5).

Un refuerzo y una arriesgada misión

Al final, algo debió de conmovirse en las altas esferas, pues se dieron a Laborde, que había ascendido a capitán de navío en diciembre de 1821, dos nuevos buques: la fragata *Constitución* y la corbeta *Ceres*. Con ellos debía romper el estrecho bloqueo naval a que la escuadra de la «Gran Colombia» sometía Puerto Cabello y conducir hasta allí dos goletas mercantes con todo tipo de provisiones y recursos para los ya tan dura como largamente asediados.

Cumpliendo las órdenes, Laborde zarpó de La Habana el 3 de abril de 1823 con sus dos buques de guerra y las dos goletas mercantes desarmadas.

Merece la pena que dediquemos algunas líneas a los dos buques de guerra que ondeaban el pabellón rojo y amarillo en una misión que sabían muy arriesgada, dado el número, muy superior, de embarcaciones enemigas que debían afrontar.

La *Constitución* no era otra que la nombrada desde su botadura *Santa Sabina*, ahora rebautizada siguiendo los avatares políticos, una muy veterana fragata, pues había sido botada en Ferrol en 1781, nada menos que cuarenta y dos años antes.

Era no solo una de las más grandes y poderosas fragatas construidas en España en tiempos indudablemente mejores, sino una veterana de muchos

(5) FERNÁNDEZ DURO, Cesáreo: *Armada española desde la unión de los reinos de Castilla y Aragón*, vol. IX. Editorial Naval, Madrid, 1972.



Capitán general don Pablo Morillo (Museo Naval, Madrid).

combates y campañas. Entre ellos, el más destacado fue cuando, junto con la fragata *Santa Matilde*, se enfrentó en combate con la *Minerve* y la *Blanche*, al mando del mismísimo Horacio Nelson, en aguas próximas a Cartagena el 19 de diciembre de 1796.

La *Minerve*, insignia de Nelson, consiguió tras dura lucha apresar a la española, al mando de don Jacobo Stuart; pero la presa le duró poco, al regresar la *Santa Matilde* con el jefe español, don Miguel Gastón, y ser apoyado este por la *Ceres* (no confundir con la corbeta mencionada) y la *Perla*, recién salidas del puerto cartagenero, y a distancia, por el navío *Príncipe de Asturias*, debiendo abandonar Nelson su presa y en ella a la dotación británica, al mando de su fiel subordinado y amigo Hardy (6).

Por supuesto que la *Sabina* fue reparada y volvió a prestar largos y denodados servicios, pero uno de los cambios más importantes que sufrió fue el de su armamento: en el citado combate llevaba 28 cañones de a 18 libras y 12 de a 6, con los que llegaba al porte de 40 cañones y unos 12 pedreros de a 3, alcanzando un peso de andanada de unas 315 libras, muy inferior al de su enemiga, que debía de rondar o superar las 410 libras.

Fue común durante todo el siglo XVIII que los navíos y fragatas españoles llevaran menos artillería de la que hubiera sido tan necesaria como posible, dado el tamaño y fortaleza de sus cascos. La lección se aprendió, y tras sucesivos cambios, la *Santa Sabina* montaba en 1823 nada menos que 12 cañones de a 24 libras y 28 de a 18, con un total de andanada de unas 396 libras. Y nada digamos de la contundencia ganada al sustituir las pequeñas piezas de a 6 y los pedreros por cañones de a 24 libras, que pocos enemigos podrían soportar (7).

La corbeta *Ceres* era un barco bien distinto. Comprado recientemente en Nueva York y de factura estadounidense, era un magnífico y rápido buque en su clase, muy alabado por Laborde, armado con 28 piezas, aunque otras fuentes indican 27: 26 de a 18 libras en los costados y uno de a 12 en colisa o montaje giratorio.

(6) RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, A.R.: «Una derrota naval de Nelson», en *Victorias por mar de los españoles*. Sekotia, Madrid, 2007, pp. 243-248.

(7) AGM, AB, Estados de Fuerza y Vida, *Santa Sabina*.

Aparte del supremo de Laborde, tenía el mando de la *Constitución* el capitán de fragata José María Chacón, y el de la *Ceres* correspondía al teniente de navío Miguel Espino, sumando las dotaciones unos 330 hombres en la fragata y unos 200 en la corbeta.

El enemigo

Mandaba la escuadrilla bloqueadora de la Gran Colombia el comodoro John Daniel o Danels, nacido en Baltimore, Estados Unidos, en 1786, y ya veterano de la lucha contra los españoles, pues había sido capitán de la flota de José Artigas en el Río de la Plata, pasando luego al Caribe bajo las órdenes de Brion en 1818. En la época de que tratamos acababa de volver de Estados Unidos de comprar un buque para los rebeldes y de obtener el grado y mando que ostentaba (8).

Como para muchos otros de sus compatriotas, la guerra le había proporcionado una lucrativa ocupación y honores inesperados, aparte de comulgar con sus ideas liberales y americanistas. Veremos que buena parte de su escuadrilla y dotaciones eran de origen estadounidense.

La fuerza puesta a su mando era bastante más numerosa que la de Laborde, e incluía las corbetas *Carabobo*, a su mando directo y de 28 cañones; *María Francisca*, de 22 cañones y apresada anteriormente a los españoles, al mando del capitán G.S. Christie, y la *Bolívar* de 24, al del teniente B. Murray. También estaba los bergantines *Vencedor*, al del teniente T.M. Brotherton, y *Pichincha* al del teniente Mathews. Y acababa de unírseles el *Independencia*, por excepción al mando de un francés, René Belouche, armado con un cañón de a 18 en colisa y catorce en las bandas, con 130 hombres de dotación. Finalmente estaban las goletas *Leona*, armada con un cañón en colisa de a 18 y tres de a 9 libras y con 80 hombres, cuyo mando desconocemos, y la *Flor de la Mar*, al mando del teniente Samuel Wright, la *Rayo*, del teniente Woods, y la *Manuel*, de porte, dotación y mando desconocidos para nosotros. También figuraban afectas a la escuadrilla dos goletas más, desarmadas y seguramente destinadas a abastecimientos.

El total era de tres corbetas, tres bergantines y cuatro goletas armadas, un conjunto superior indudablemente a las dos únicas unidades españolas, salvo por el calibre de las más pesadas piezas de la *Constitución* y el tamaño y robustez de la veterana fragata. También en el número de hombres embarcados la ventaja era de Daniel.

Sin embargo, tal ventaja se vio reducida antes del combate por los avatares propios del desgaste y operaciones de un largo bloqueo: la corbeta *Bolívar* se había destacado con anterioridad del grueso y solo reapareció iniciado el combate, visto el cariz que tomaba, su comandante, Murray, decidió que la

(8) Consta que murió en su ciudad natal, en 1856, tras obtener pensión de Venezuela. Sobre su vida, véase HOPKINS, Fred: «For Flag and Profit. The life of Commodore John Daniel Danels of Baltimore», *Maryland Historical Magazine*, núm. 80. Baltimore (1985), pp. 392-401.



Otra de las operaciones navales de las fuerzas navales españolas en las costas de Venezuela, en este caso en la isla Margarita. Museo Naval, Madrid.

mejor parte del valor estriba en la prudencia, y se mantuvo primero a la expectativa para luego desaparecer. En cuanto al bergantín *Vencedor*, había embarrancado en un punto de la costa y el *Pichincha* acudió en su auxilio, por lo que tampoco estos dos bergantines se hallaron en el combate, reduciendo así la fuerza de Daniel a dos corbetas, un bergantín y cuatro goletas armadas, con lo que el balance se equilibraba notablemente (9).

El combate

Como ya sabemos, Laborde había zarpado de La Habana el 3 de abril, para recalar en la Aguadilla de Puerto Rico. De allí dio la vela el 27 del mismo mes, llegando al amanecer del 1 de mayo a Puerto Cabello y divisando las velas enemigas adentradas en el mar, a las que dio inmediatamente caza, mientras Daniel se retiraba hacia la costa y reagrupaba sus fuerzas.

(9) Para la composición de las fuerzas de Daniel y posterior combate, véase: FERNÁNDEZ DURO, C.: *op. cit.*, pp. 244-245; un extracto del parte de Laborde en *Gaceta de Madrid*, 25-XII-1823, pp 483-484, y del de Daniel en revista *Nile's Weekly Register*, Baltimore, 22-VII-1823, pp. 298-299. Cartas e impresos de la época sobre el combate en Archivo Histórico Nacional de Madrid, Estado, leg. 6375/14. Gaspar PÉREZ TURRADO (*La Marina española en la independencia de Costa Firme*. Editorial Naval, Madrid, 1992), que apenas se refiere al combate, da referencia del parte de Laborde en AGM, AB, que no hemos podido encontrar.

El pretencioso comodoro americano afirma en su parte que pensó que aquel sería «un glorioso primero de mayo para la Gran Colombia», en evidente alusión al «Glorioso Primero de Junio» de 1794, en que los 25 navíos británicos al mando de Howe derrotaron a los 26 franceses de Villaret-Joyeuse, apresándoles seis buques y hundiendo otro más. Pero las cuentas no salieron como tan ingenuamente pensaba.

Tras reagrupar sus fuerzas, Daniel formó una línea de combate, encabezada por la *María Francisca*, seguida de la *Carabobo* y del bergantín *Independencia*; en segunda línea estaban las cuatro goletas armadas, y fuera de la formación, las otras dos mercantes desarmadas. Su plan era abordar a los dos buques españoles, reforzando con las dotaciones de las goletas los trozos de abordaje de sus tres mayores buques. Pero reconoce que había sido tomado por sorpresa, a sotavento y demasiado cerca de la costa.

Por su parte, Laborde se dirigió contra el enemigo resueltamente, haciendo frente a las dos corbetas enemigas con la fragata *Constitución*, mientras la *Ceres* se encargaba del bergantín *Independencia*. A todo esto, y habiendo quedado libre la entrada en el puerto, las dos goletas españolas cargadas de las ansiadas provisiones entraron sin dificultad, cumpliéndose así buena parte de la misión encomendada al marino español. Pero quedaba aún el combate entre las dos agrupaciones.

El fuego se rompió a eso de las cuatro y media de la tarde (Daniel habla de cuatro y tres cuartos), no tardando la *Ceres*, con una andanada de 14 cañones, en dejar muy averiado y castigado al *Independencia*, que solo podía oponer ocho y en general de menor calibre. Bien pudo haberlo apresado, pero el comandante español, teniente de navío Espinós, juzgó acertadamente que era mucho más importante apoyar a la *Constitución* en su lucha contra las dos enemigas, por lo que dejó huir al baqueteado bergantín.

No era el único que huía, pues las cuatro goletas armadas de Daniel forzaron la vela, huyendo del combate tras los primeros disparos, comprometiendo así el plan del comodoro americano.

La fragata española, a una distancia de uno y medio o dos cables, rompió fuego contra las dos corbetas, que lo devolvieron animosamente. Eran 20 cañones españoles contra unos veinticinco corsarios, si bien de menor calibre por lo general, pues eran piezas de 12, 9 y 6 libras, aparte de carronadas de a 32 y de a 18, pero por ello mismo más rápidos en el disparo. El fuego de los americanos se hizo hacia el aparejo de la fragata, con bala, metralla y palanqueta, buscando desarbolarla para luego pasar al abordaje. Y no cabe duda de que lo intentaron, pues consta que la dotación de la *Constitución* gastó 3.000 cartuchos de fusil en rechazarlo. Pero lo decisivo fue la superior altura y robustez de los costados de la fragata y la mayor potencia y calibre de sus cañones.

En cualquier caso, el oportuno refuerzo de la *Ceres* decidió el combate, teniendo que arriar bandera las dos corbetas a eso de las 06.30 para Laborde o las 06.40 para Daniel. Las bajas americanas, según confesión del comodoro Daniel, llegaron a los 37 muertos y 21 heridos graves, quedando él y el resto de sus dotaciones, unos 300 hombres, prisioneros junto con las dos corbetas.



Las guerras de la emancipación americana tuvieron un muy importante capítulo naval. En la ilustración, un meritorio combate del bergantín *Voluntario* con un corsario argentino. Museo Naval, Madrid.

Desconocemos las pérdidas del bergantín *Independencia*, pero debieron de ser sensibles, dado el castigo que recibió de la *Ceres*. En cuanto a las dos unidades españolas, sufrieron un total de bajas muy inferior: un muerto y 17 heridos graves, casi dos tercios de ellos en la corbeta, pero el aparejo de la *Constitución* quedó en muy mal estado, con un balazo que atravesó por entero el palo mayor y dejó todos los botes inservibles salvo uno.

Laborde marinó las dos presas, poniendo la *María Francisca* al mando del teniente de navío José Mestre y la *Carabobo* al del teniente de fragata Antonio Pallera, que tras dos días de trabajo repararon las averías más serias. Los prisioneros fueron bien tratados, según reconoció el propio Daniel, y no tardaron en ser repatriados.

La victoria era completa, y los admirados defensores y la población de Puerto Cabello prepararon un recibimiento triunfal a Laborde, que había salvado la plaza, pero el modesto marino español prefirió desembarcar de noche y discretamente. Y todavía se apuntó un tanto menor al apresar en los días siguientes otra embarcación enemiga que transportaba cuatro piezas de a 24, seguramente para las tropas de tierra que asediaban la plaza.

El valor, pericia y decisión de Laborde quedaron más que demostrados en el combate, pero tampoco hay que regatear elogios a la conducta en combate

de los tres buques principales del enemigo, si bien es de notar la poca gallarda huida de las cuatro goletas y de recordar la evidente cobardía de la destacada corbeta *Bolívar*, que alertada por el cañoneo acudió a aquellas aguas para, después de observar el desarrollo del combate, dar la vela y alejarse sin hacer nada por sus compañeros.

Indudablemente, la intervención de la citada corbeta hubiera podido poner en serios aprietos a cualquiera de los dos buques españoles y, tal vez, dar la vuelta al resultado del combate. Acaso parezca más explicable la renuencia de las goletas a entrar en combate, pero un análisis más pormenorizado nos lleva a conclusiones muy distintas. Por citar una de ellas, la *Leona*, este era un barco con 80 hombres de dotación y armado con un cañón de a 18 en colisa y tres de a 9. No tenía por qué haberle sido imposible situarse por las poco defendidas proas o popas de cualquiera de los dos buques españoles y castigarles casi impunemente. Y no estamos hablando de imposibles. Buques mucho más pequeños —las cañoneras españolas de una generación anterior, en esencia grandes botes de remos con un mástil rebatible, una treintena de hombres y armados de una sola pieza de a 24 o de a 18— se habían atrevido en muchas ocasiones con los navíos británicos y les habían causado graves daños en el bloqueo de Cádiz de 1797-1798, en el combate de Algeciras de 1801 y en muchas otras ocasiones. Si las cuatro nada desdeñables goletas de velacho hubieran hecho algo parecido, las cosas podrían haber sido muy distintas.

Claro que es muy diferente dar caza a mercantes poco o nada armados, con rica carga y que apenas se defendían, a luchar cara a cara con poderosos enemigos. De nuevo la imagen creada por cierta literatura y por el cine sobre los corsarios muestra su falsedad.

En cualquier caso, la victoria española no solo había salvado Puerto Cabello para su causa, sino que había destruido y dispersado la flotilla enemiga y hundido su moral, al paso que las dos presas hechas servían para reforzar las fuerzas navales españolas.

Pero tan grande y meritoria victoria no tardaría en verse empañada, y tal vez por eso su recuerdo se haya visto oscurecido en la historiografía posterior.

Una amargura y una derrota

Acontecimientos que no tenían nada que ver con él y con su valerosa, acertada y abnegada conducta, amargaron el triunfo a Laborde. En España, la intervención de los famosos Cien Mil Hijos de San Luis, tropas francesas que acabaron con el régimen del Trienio Liberal y repusieron en sus poderes absolutos a Fernando VII. Aquel vuelco político suponía la persecución y depuración para los que habían servido al régimen anterior, y la anulación de los ascensos y honores obtenidos durante él, por lo que la primera «recompensa» del marino por su victoria fue verse de nuevo reducido a la graduación de capitán de fragata. Inevitablemente, su fragata volvió a cambiar su nombre, y recuperó el viejo de *Santa Sabina*.

Pero aquello eran minucias comparadas con otro hecho, mucho más grave.

El mando español en el área era el general Morales, poco informado de los temas navales, pero superior jerárquico de Laborde. Envalentonado por el éxito de Puerto Cabello, al que no había contribuido en nada, ordenó tajantemente al marino que pasara a la ofensiva en aguas del lago Maracaibo.

En aquellas someras aguas, donde por su calado no podían entrar las unidades de Laborde, los españoles y sus partidarios criollos habían formado una escuadrilla de fuerzas sutiles o ligeras, armando sumariamente pequeños mercantes de cabotaje, embarcaciones pesqueras y botes de todas clases. Eran en total unas 31 embarcaciones pequeñas, armadas con 67 cañones de 16 a 4 libras y tripuladas por unos 1.645 hombres, incluyendo algunos que Laborde desembarcó de su división como refuerzo. Enfrente, y al mando del almirante de la Gran Colombia, José Prudencio Padilla estaban unas veinte embarcaciones, pero bastante más grandes y mejor armadas, con 2.200 hombres y 96 cañones. Cabe destacar que el peso en libras de la artillería americana suponía 1.557 libras de bala, por solo 594 por parte española, bastante más del doble (10).

Morales no quiso saber nada de las atinadas objeciones de Laborde: las órdenes fueron tajantes, y al marino no le quedó sino obedecer e ir a un desastre seguro, perdiéndose en la batalla del 24 de julio de ese mismo año de 1823 casi toda la fuerza y dos tercios de los hombres, por heridas en combate, haber caído prisioneros o desertar, ya que la mayoría eran naturales del país. Pero nadie dudó de la pericia y valor de Laborde, pues él se había limitado a obedecer unas órdenes insensatas de un superior arrogante, con una fuerza improvisada y muy inferior a la enemiga.

Siendo combates tan distintos, en varias cuestiones se asemejan los de Puerto Cabello y Maracaibo: en ambos triunfó el bando que tenía menos unidades, pero más grandes y potentemente artilladas, y en ambos se alzó con la victoria el bando que tomó la ofensiva. Por otra parte, a los venezolanos les quedó la grata sensación de que mientras los corsarios extranjeros habían defraudado, en la escuadra de Padilla, sin faltar, eran minoría.

De nuevo se repitió la experiencia de la escuadrilla improvisada de Montevideo nueve años antes. Y el combate resultó decisivo: quebrada la última resistencia española en la zona, no quedó sino la evacuación de las tropas y de los civiles que no quisieron seguir en aquellas tierras, tarea que cumplió denodadamente Laborde.

Las consecuencias de una olvidada victoria

Parecería entonces que la victoria de Puerto Cabello había quedado anulada por entero, pues ya desde México a Venezuela en todas partes la indepen-

(10) Sobre el combate de Maracaibo y la polémica posterior véanse, FERNÁNDEZ DURO, C: *op. cit.*, pp. 245-289, y PÉREZ TURRADO, G: *op. cit.*, pp. 271-305.

dencia había logrado asentarse. Pero las cosas ocurrieron de modo muy distinto: tanto en México como en la poco duradera Gran Colombia se forjaron muy serios planes para «liberar» las últimas posesiones españolas en el área: las islas de Cuba y Puerto Rico, donde las ideas independentistas también afloraban, aunque de forma muy minoritaria.

Pero allí seguía Laborde montando guardia, reforzado además desde España, visto el inminente peligro, con algún navío luego relevado por otros y varias fragatas, aparte unidades menores. Gracias a su celo y a la financiación procedente de la misma Cuba, pues desde España apenas se remitía nada, Laborde consiguió tener los barcos y dotaciones en un magnífico estado, que llamó la atención de los neutrales y, por supuesto, de los enemigos (11). Con aquella fuerza no solo persiguió y dio caza a los corsarios, sino que bloqueó a los enemigos en sus puertos y amenazó sus propias costas, prolongándose la campaña hasta 1830, en siete años de lucha y navegación constantes, y por cinco años después de la batalla final de Ayacucho.

En Puerto Cabello había quedado meridianamente claro lo que podían hacer los españoles incluso con solo alguna veterana y remendada fragata. Y los americanos, que lo habían aprendido bien, siguieron recibiendo algunos recordatorios en combates parciales: ni los corsarios tipo corbeta o bergantín eran enemigos para los buques de alto bordo de la Real Armada ni, aunque lo intentaron reiteradamente y con grandes gastos, se puede improvisar una escuadra de alta mar. Tampoco les ayudó el cambio de actitud de las potencias neutrales, Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos, nada interesadas en que variara el *statu quo* en el Caribe.

Así que por muchos años, y de forma que pocas veces se ha explicado convenientemente, Cuba y Puerto Rico siguieron formando parte de España.

Laborde, el principal artífice de ese resultado, ascendió hasta el grado de jefe de escuadra, y póstumamente al de teniente general, al mando del apostadero de La Habana y con las Grandes Cruces de Carlos III, Isabel la Católica y San Hermenegildo en recompensa por sus luchas y fatigas. Incluso se le nombró ministro de Marina en 1832, pero prefirió no abandonar su importante puesto. El 4 de abril de 1834 falleció en el puerto cubano, víctima de una epidemia de cólera y tras una vida entregada por entero al servicio de su patria, fuera cual fuese el régimen que imperara.

En 1870 sus restos fueron trasladados a España por el vapor de la Armada *Fernando el Católico*, descansando desde entonces en el Panteón de Marinos Ilustres de San Fernando (Cádiz) con todo merecimiento, siendo uno de los marinos que, con su esfuerzo, celo y dedicación, remontaron la amarga depresión que sufrió la Armada en el primer tercio del siglo XIX, y ello pese a los continuos avatares políticos, siendo un notorio ejemplo y referente para la siguiente generación: la tan celebrada de la Marina de Isabel II.

(11) Un ejemplo notorio de esa preocupación y de sus resultados positivos es el libro de CHACÓN, José María: *Instrucción militar para el navío de S.M. Soberano*. La Habana, 1829.